

cual suspiro emanado del seno de las aguas, y puesta en movimiento en el caserío por infantiles manos, viene á repercutir desde tan léjos en la mente; resuena el toque de la oración, que recuerda en todo lugar que el alba y el crepúsculo de todos los días pertenecen á Dios. Al oír el religioso toque el labrador se detiene, vuélvese al campanario, se descubre, y uniendo sus robustas manos de las que se desprende el aguijón, eleva un tanto su alma sobre la tierra que labra, mientras sus hijos, arrodillados en el suelo, cruzan sus tiernos dedos entre las manos de su madre.

¡Oración! ¡Oh voz sobrenatural que nos hace caer de rodillas, instinto del cielo que nos recuerda que la patria está lejos de nosotros; viento que sopla en el alma humana, haciendo que se desborde de los henchidos párpados el agua de las lágrimas, cual brisa que hace llover á intervalos las aguas virginales del cáliz inclinado de las flores!

Sin tí, ¿qué sería de este fango? Un monton de cieno impuro, en que el hombre se apacienta despues que el bruto de las yerbas que siega en el surco! Pero merced á tí, eleva todavía su pensamiento sobre sus quebradas alas para respirar en la verdadera mansion, mitigar su sed en su terrestre carrera, y hacerle be-

ber en su mismo manantial el agua de la vida y del amor.

Te exhalas á modo de suspiro del corazon de las madres, el aire sonoro conduce tu voz en su seno, el labio del niño te respira, el avecilla te escucha en el lindero de los bosques; emanas de toda la naturaleza, cual misterioso murmullo cuyo sentido comprenden los ángeles, y lo que sufre, y lo que gime, y lo que canta, y lo que ora, no es más que un cántico de mil distintos acentos.

¡Oh santo murmullo de las plegarias, haz tambien que mi corazon sobrado lleno, cante mis penas en mi propio seno, como las ondas murmuran sobre las guijas! ¡Que el leve rumor de mi vida, arrobada en íntimo éxtasis; se eleve en aspiraciones, y que este corazon roto por tí, oh instrumento de brisas celestiales, estalle en bendiciones!

Terminado un trabajo, al punto empieza otro; y está la tierra abierta por todas partes y en disposicion de recibir la semilla, y la mujer, sacando el grano á manos llenas de los canastos de junco, lo desparrama cual polvorienta nube; mientras los niños, siguiendo sus huellas entregados á sus juegos, recogen con sus manecitas aquel polvo que dejan caer de nuevo y que los pajarillos acuden á arrebatárles. Esparcido ya el trigo, el hombre engancha el ras-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fund. 1865 MONTERREY, MEXICO

trillo pasándolo sobre los terrones del surco que mecen y traquetean, y los chicuelos agrupados sobre él van aplanando los surcos con el peso de sus cuerpos. Declina el día y el relente humedece ya las yerbas; los tibios vientos de otoño traerán consigo la lluvia; las nieves del invierno, extendiéndose sobre la tierra cual abrigada alfombra, cubrirán las espigas con un manto de plumon; los dorados rayos del sol de estío vendrán á poner amarillas las mieses; las jóvenes campesinas atarán las gavillas, y trenzando sus cabellos con violetas y amapolas, irán á bailar en corro sobre los nuevos montones; y el molino triturará el trigo entre sus piedras, y la mujer de las cabañas, dejando el lecho antes de rayar el alba, escogerá la flor de la harina para hacer la levadura y amasar el pan de sus hijuelos; y las aves del cielo, y el perro, y el indigente, recogerán en paz las migajas de la mesa, y todos bendecirán á Dios, cuyas fecundas manos llaman á todos los hombres al festín que les proporciona la tierra!

Así es, Señor, como tu providencia siembra y coge la humanidad, noble semilla que germina para la eternidad. ¡Ah! ¡Que fructifique ese trigo purísimo en los surcos de la vida! Derrama, oh Dios, tu rocío en los valles de sus quebrantos, y que en la arcilla fertilizada germinen hombres y flores!

(Aquí faltan muchas fechas.)

Valneige, Julio de 1801.

Dos hermanos disputaban hoy con motivo de los límites de un campo cuyos mojones habian caido mientras ellos estaban cavando; designáronme como árbitro de su contienda, y yo juzgué el caso valiéndome de esta parábola:

«Allá en las primitivas épocas en que todo era comun, dos hermanos, como vosotros, tenian dos campos reunidos en uno. Como el uno tomaba ménos y el otro más, llegó un día en que quisieron acotar su heredad: un solo árbol, plantado en lo más alto del campo, dominaba los surcos por la parte de poniente, y un hermano dijo al otro: «La extremidad de la sombra divide exactamente por igual el número de nuestros surcos: sea pues la sombra nuestra línea divisoria.» Quedó así convenido, pero al caer la tarde alargóse la sombra, y bajando poco á poco hasta lo último del campo, hizo que uno de los hermanos resultase dueño exclusivo de toda su extensión. Este se apresuró á ir en busca de los representantes de la ley y les dijo: «Mirad, toda la sombra es mia.» Y los jueces humanos sentenciaron como hombres que eran, y adjudicaron á un solo hermano toda la heredad, mientras el otro, despojado por el cielo de su hacienda, acusó de ello al sol y se quedó sin nada.

» Llegó el invierno, y el huracan que esta estacion suele desencadenar, engolfándose una noche entre el ramaje del roble, y encontrándole aislado y sin apoyo, le arrancó de raiz y se llevó con él su sombra. El hermano despojado, viendo al otro sin títulos de posesion, bajó á su vez, fué á buscar al árbitro, y le dijo: «Ved, ya no hay sombra, por consiguiente todo es mio!» Y el juez, interpretando literalmente la ley, juzgó como el viento y el sol y la sombra, y sin meterse á igualar el número de los surcos del campo, le adjudicó la heredad con todo su contorno, de suerte que los dos hermanos se vieron sucesivamente en la abundancia y en la miseria, y bajando del campo cuyos límites eran tan movedizos, decian para sí: «¿Dónde está la justicia?»

» Un hombre dotado de cordura, que acertó á pasar por allí, supo el caso, escuchó sus razones sonriendo, y les dijo: «Han juzgado mal vuestra querrela; por consiguiente, sed vosotros mismos vuestros propios jueces. Vuestro límite oscilante es el emblema de vuestras leyes: el límite de los mortales jamás está en un justo medio: medid la colina con el patron de Dios. Este no está, amigos míos, en el árbol ni en la cerca, ni en la sombra que el dia prolonga ó disipa, ni en la columna de piedra, que derriba el arado ó el choque de los torrentes, ni en la presencia de testigos, ni en el rótulo estampado en una tabla, ni en el dedo levantado del juez que fija los lí-

mites: la justicia está en vosotros, ¿para qué buscarla en otra parte? ¡El límite de vuestros campos! Plantadlo en vuestros corazones, y nada desviará el del uno ni el del otro: cada uno de vosotros tendrá su parte en su mútua mirada.»

» Los dos hermanos, siguiendo el consejo del sabio, no cuestionaron más por la sombra ó por el sol, sino que, poniendo su confianza en su equidad, dividieron su campo con su conciencia, y ante este invisible y fiel testigo, ninguno de ellos trazó su surco ni sobrado cerca ni demasiado léjos.»

Valneige, Agosto de 1801.

De cuando en cuando algun transeunte insulta todavía al sacerdote: yo acepto estos insultos bendiciendo, como mi divino Maestro, y esta noche, perdonando la sarcástica befa, traté de desahogar mi corazon en estos versos:

Cuando Roma, reina y madre, evocando la quimera del imperio del mundo, humillaba con su férreo pié la cerviz de los reyes, lanzaba desde el Capitolio un rayo bendito, y procuraba extender su doble tiranía hasta donde llega la sombra de la cruz;

Cuando sus pontífices-reyes, distribuidores del mundo, marcaban con el dedo las divisiones de los Estados en un mapa-mundi, daban ó quitaban los reinos dados, citaban á los descendentes de Haps-

burgo por edicto publicado en el Janículo, y pretendían hacer besar el polvo levantado por su mula á sus esclavos coronados;

Cuando estos pescadores, desamparando la barca evangélica, tendían sobre el universo entero la red de su política, pescando en lugar de almas régios dominios, y para llenar de ociosa opulencia las arcas del fisco, echaban el oro ó el hierro en la santa balanza en que Jesucristo había puesto sus pesas;

Cuando circulaba todo el oro de las naciones juntamente con sus vicios en los palacios pontificios, plétoricos de delicias, y el Tiber, encenagado de profanaciones, se asombraba al ver de nuevo que las manos sobre las sacerdotales dirigían el triunfo ú otras saturnales tumbas de las Escipiones;

Quizás fuera justo inflamarse, con el Petrarca y Dante, en motivado enojo como una lámpara ardiente, despedir sobre el altar el siniestro fulgor de la cólera, y desgarrando los santos velos del envilecido templo, ostentar su podredumbre al cielo, á las estrellas, y exclamar sobre él: «¡Anatema!»

Cuando la mano ruda y feroz del jinete tira sin piedad del acerado bocado de su corcel ensangrentándole la boca, el noble animal puede á veces encabritarse; cuando se sopla largo tiempo el carbon bajo una vasija, el agua, sosegada en un principio, puede levantarse y hervir como un corazón que se abrasa.

Pero entonces se corría algun peligro, que daba

mérito á la audacia; á la sazón, el hierro sagrado más pronto que la amenaza, cimentaba en sangre el dogma universal; ó el entredicho vengador, ese dios tonante de Roma, bramaba sobre el blasfemo, rompía los lazos que unían al hombre con sus semejantes y le privaba del agua y de la sal maldiciéndolas!...

.....
Mas hoy, ¡gran Dios! hoy que la ciudad eterna ve cómo se extiende el tétrico vacío en torno suyo, que se reclina, viuda y llorosa, entre dos tumbas, que tan solo el viento levanta el polvo de sus calles, y que el Tiber desierto ve cómo se derrumba en sus aguas piedra á piedra la abandonada ciudad;

Cuando los mártires de Jesucristo, alzándose de sus tumbas, han conducido dos veces á su pueblo á las catacumbas, y empapado de nuevo sus manos en su propia sangre; cuando la ira del Señor, dura pero saludable, ha encorvado su cabeza hasta el suelo para besar el arco flojo;

Cuando los galos han arrastrado por el polvo dos veces en diez años á esos dioses sin rayos mancillando sus canas, y despojado el templo y vendido los altares al mejor postor, y uno de esos ancianos, ultrajados todavía por el odio, ha muerto sin tener sepultura, y el otro apenas posee la limitada sombra del Vaticano;

Cuando el mundo emancipado fluctúa tranquilo en el mar de sus dudas, y la cruz del campanario yace

bajo las bóvedas; cuando, si nos acercamos al santo lugar para elevar á Dios nuestras oraciones, se nos cierran de golpe las puertas de la iglesia por temor de que el eco de nuestros suspiros escandalice á los que tienen miedo de la sombra de un Dios;

Lanzar á nuestras frentes la espuma amarga del insulto ¡ahl! ¡es ahogar al corderillo en la leche de su madre, es azotar al inocente con su crimen ya expiado; entonces la maldición se vuelve contra el profeta, y el dardo que la injuria ha disparado sobre mi cabeza vuelve á caer y le traspasa el pié!

¡Ven, jóven forastero, ven á ver en mi cabaña si mi lujo sagrado brilla con oro profano; en su triste abandono, no encontrarás más que mi báculo, un pan negro que reparto con el pobre, un libro en el que enseñé á leer á los niños de la aldea, y un Cristo que me enseña á perdonar!

.....

Si el espíritu del Evangelio es para vuestra sed sin agua un bálsamo contenido en un vaso de arcilla, ¡oh hombres! transvasad el líquido sin romper el recipiente, aplicad piadosamente el labio al orificio, y recoged gota á gota en vuestro corazón las aguas de ese cáliz divino.

.....

Cierto mendigo encontró en el suelo unas medallas en las cuales estaba grabada en lengua desconocida la palabra «¡Misterio!» Despreciando la efigie,

arrojó su tesoro. — «¡Insensato! le dijeron, ¡qué error ha sido el tuyo! ¡Qué importa que la efigie sea profana ó cristiana, si el metal era oro!»

Valneige, 8 de Agosto de 1801.

Yo instruyo á los niños de la aldea, siendo para mí las mejores horas las que con ellos paso; y que inician el día y terminan la noche. ¡Oh! ¿Quién no se recrearía contemplando en un plácido día de estío esa escuela al aire libre y en plena campiña, en la cual se sientan los discípulos? A la puerta de la iglesia hay dos añosos nogales con sus raíces profundamente hundidas en tierra y cuyas ramas y follaje penden sobre una hondonada cubierta de verde musgo, por la cual circulan entre menudas guijas las murmuradoras aguas de la fuente del pueblo: algunos pedruscos de granito, bruñidos por las ondas y blanqueados por su espuma, interrumpen su lecho.

Desde aquel cerro, y deslizándose de colina en colina, la mirada abarca por la mañana un dilatado horizonte, y á través de las ramas del nogal, contempla los azulados matices de la superficie del lago y las ondulaciones de la llanura. Allí se reúnen todos, cuando hace buen tiempo, agrupándose desordenadamente según el sexo y la edad; los unos se apoyan de dos en dos ó de tres en tres contra el

tronco del árbol; los otros se sitúan en las gradas de la cruz; estos sobre las ramas, aquellos en las raíces del nogal que serpentean al nivel de las barrancas; algunos sobre las tumbas y las verdes eminencias que cubren á los que fallecieron en la primavera, como trigos nuevos que reverdecen en el terreno donde han germinado los granos perdidos de las espigas trilladas.

En medio de esos hijos de la aldea, mi voz grave se mezcla con el murmullo del agua en tanto que sus ovejas pastan la yerba naciente sobre el lecho de los muertos; que la ágil golondrina pasa rasando con los bordes del arroyo, y que los gorriones, aleccionados por la costumbre, y alentados por el sosiego y la actitud de los niños, los rodean y van á posarse y agruparse á sus piés para picotear el pan que les ofrecen.

Yo me penetro bien de la sublime influencia que mi palabra ejerce en esos corazones infantiles; comprendo que voy á proporcionar á su espíritu el alimento inmortal de que se nutren los ángeles, la verdad, incompleta herencia del hombre, que desciende á nosotros de nube en nube, antorcha de luz purísima, que las tradiciones hacen pasar de mano en mano á las generaciones; comprendo que para ellos soy un rayo de esa ala eterna que calienta y remueve la tierra, una chispa de Dios que, brillando á su vez, debe encender su luz en la oscuridad de esos co-

razones; y puesta la mano sobre sus inclinadas frentes, le suplico que prepare mi corazón para que descienda á él un Verbo; que eleve mi espíritu hasta equipararlo á la sencillez de esos espíritus infantiles, alborada de verdad; que imprima bastante claridad á mis palabras para que ellos las comprendan, y que me revele esas sencillas é inteligibles parábolas merced á las cuales el Maestro, dignándose descender hasta la penetración humana, hace que hasta las manos más pequeñas toquen el cielo. Luego expreso mis ideas en alta voz; ellos me escuchan, y mi corazón se trasvasa gota á gota á sus corazones.

Procuró ante todo no recargar demasiado sus sentidos y su imaginación con el estéril saber de que se alimenta el orgullo y me afano en instruir su conciencia mucho más que su razón; por lo cual, toda mi ciencia se basa en la naturaleza y en sus ojos. Abro ante ellos este libro, y les hago ver do quiera la esperanza del hombre y la bondad divina. Para enseñarles lo que es Dios, su culto y sus prodigios, no me valgo de esos cuentos vulgares y prodigiosos que, confundiendo el error con la verdad, convierten la fé celeste en fanática credulidad. No. La impostura no debe servir nunca para demostrar la existencia de un Dios tres veces santo. Para nosotros su testimonio eterno es su naturaleza! ¡Para nosotros, su profeta eterno es su razón! ¡Sus cielos son bastante claros para que podamos leer en ellos su nombre!

Con ellos descifro y delecto diariamente alguna nueva sílaba de ese nombre infinito, y tan pronto les muestro ese Dios en su bondad infinita, madurando el grano que destina para el pájaro, como se lo presento en su sabiduría y su providencia gobernando tan ostensiblemente la naturaleza, ó bien... Hoy me tocaba hablarles de su grandeza. Cerraba la noche; la sombría profundidad de los cielos permitía que la mirada se sumergiera en el anchuroso espacio y contase los astros en la estrellada bóveda, como desde la cubierta de un buque, rodeada de oscuridad, se ve brillar el coral y la perla en el fondo de los mares al través de las diáfanas olas.

«Esos astros, les decía, han nacido con el cielo; sus rayos llegan á nosotros hace millones de años; son los soles, los centros de otros mundos que sólo puede pesar la mente de Dios; el etéreo piélago los absorbe en sus ondas como granos de arena, y cada uno de esos mundos es á su vez centro de otros mundos semejantes que tienen, como el nuestro, su luna y sus soles, y ven como nosotros, firmamentos sin límites que se dilatan ante Dios sin que nada le contenga!... Aquellos otros que trazan círculos sin compás, pasaron por el cielo una noche para no volver á pasar. En la inagotable página del firmamento entero no podría escribirse la cifra incalculable de siglos que habrán de transcurrir antes que su inmensa órbita quede cerrada. Trazan la curva por la que

Dios los ha lanzado: el hombre los sigue desde su nada con el pensamiento... y esto, hijos míos, basta para probaros que el hombre es un espíritu, dado que puede elevarse desde el polvo en que yace, desde la sombra humana hasta los cielos sin fondo y hasta esos grandes fenómenos. Y si no, ved, medid vuestros cuerpos, interrogadles; haced todos los esfuerzos posibles para subir hasta esos astros: vuestros piés no pueden llevaros sobre esas ondas etéreas; vuestras manos no pueden tocar, pesar esos mundos; cuando estos han desaparecido en los repliegues de los cielos, vuestros ojos no pueden verlos ya tras el velo que los oculta; ningún oído percibe su procelosa armonía en el mar infinito de sus oleadas de éter; el soplo de su vuelo no llega hasta nosotros; os parecen plateados clavos bajo el dosel de la noche. Y sin embargo, el hombre recorre esa bóveda y traza de antemano el camino que han de seguir en lo futuro; podemos decir ya á nuestros descendientes qué día aparecerá en un punto determinado del cielo tal ó cual astro que vendrá á iluminar la extension con su fulgor, devolviendo al firmamento su estrella perdida. Y ¿quién lo sabe? ¿quién lo escribe? ¡No son por cierto vuestros sentidos, hijos míos, sino vuestro espíritu, esa alma inmensa, infinita, inmortal, que ve más que la estrella, y que vivirá más que ella!...

» Esas estrellas, cuyo hervidero es el éter, han ad-

quirido de Dios su primitivo movimiento. ¿Os habeis parado alguna vez á calcular la fuerza de ese brazo que las ha balanceado? A menudo habeis cogido en la honda ó en la mano una nuez del nogal ó un guijarro del camino, é imprimiendo un esfuerzo á vuestra muñeca para despedirlos, medís la fuerza con arreglo á la distancia; la una cae á vuestros piés, la otra vuela á cien pasos, y decís: «Ese brazo es más vigoroso que el mío.» Pues bien, si comparais las hondas por sus disparos, ¿cuál no será la mano que lanzando esos mundos, cuyo enorme peso no puede concebir la imaginación, como el jardinero que siembra sus guisantes en la huerta, los hace hender el vacío y dar vueltas sobre su eje de resultas del movimiento primitivo emanado del brazo supremo, yendo, viniendo, subiendo, bajando por siglos y siglos que él únicamente puede calcular, él, que se burla del espacio y del peso y del tiempo, y hace que esos carros sin rueda corran por el firmamento sin carril y den vueltas sin eje? ¡Inclinemos la frente, hijos míos! Esa fuerza, esa mano, son la fuerza y la mano de Dios!....

»¿Queréis averiguar ahora cuál es la inteligencia que entrelaza todos los hilos de esa inmensa trama, y les obliga á gravitar por siempre unos sobre otros sin que jamás choquen en su órbita?—Hijos míos, cuando vais á apacentar vuestras terneras léjos de aquí, á las vertientes de la montaña, al borde de los

precipicios, y sentados sobre una peña habeis contemplado á vuestros piés ese lago azul semejante á un cielo que se despliega aquí abajo, veis á veces el enjambre de blancas velas diseminadas por el agua como las estrellas por el cielo, destacándose por todas partes de las orillas del lago, saliendo de los verdes golfos ó regresando á las ensenadas, ó agrupadas en círculo, describiendo evoluciones que admiran vuestros ojos, á pesar de lo cual no temeis, queridos míos, que, chocando esos frágiles esquifes, se sepulden bajo las aguas, ó que sus blancas alas, rozándose en su vuelo, se desgarran mutuamente, pues, aunque dada la distancia no se distingue nada bajo esas velas, demasiado sabeis que un pescador empuña el timon de cada barquilla, que todas estas tienen su ojo y su alma que gobierna á su albedrío su rumbo y les hace discernir y elegir su camino.

»Pues bien, si se requiere un pensamiento, una inteligencia para dirigir por el agua tan frágiles cáscaras, esos mundos, á los que únicamente el esfuerzo de Dios puede enfrenar, ¿no tendrán tambien un pensamiento para guiarse? Lo tienen, hijos míos. El mismo Dios es su piloto. El es quien encamina su flota por el cielo; cada uno de sus soles, alumbrados por sus ojos, conoce su puerto ó su escollo en esos océanos; todos han recibido de él la señal ó el derrotero para aparecer á la hora oportuna en el punto designado de su bóveda. La obra de cada globo que as-

ciende á su llamamiento consiste en glorificar su santa voluntad, en recorrer con amor la ruta que Él le traza, y en reflejar á Dios en el tiempo y el espacio! Y todos ellos, obedientes, se transmiten de rayo en rayo sus órdenes y hacen brillar su nombre, y su gloria brota de sistema en sistema, y todo cuanto ha creado le ensalza y glorifica del mismo modo, y sus miradas suben y bajan desde la órbita de los soles á la frente del niño, y hasta al latido de la insensible arteria del insecto que se arrastra á nuestros piés!....

» Pero no os confundais ante tamaña grandeza; no temais que en la profundidad de los séres cuya muchedumbre oscurece sus párpados, la sombra de esos grandes cuerpos llegue á ocultaros su luz! No digais, hijos míos, como otros dicen: «Dios no me ve, porque soy demasiado pequeño; mi insignificancia me hace pasar desapercibido en su creacion; Él ve demasiado universo para que su mirada pueda llegar hasta mí.»

» El águila de la montaña dijo un dia al sol: «¿Por qué has de lucir más abajo de esa encendida cumbre? ¿De qué sirve alumbrar esos prados, esas gargantas sombrías, empañando tus rayos en la yerba de esos lugares tenebrosos? El imperceptible musgo es indigno de tí!—Ave, le contestó el sol, ven y sube conmigo!...» El águila, remontándose con el rayo á la nube, vió cual se deshacia la montaña y parecia hundirse á su vista, y cuando hubo llegado á su nuevo

horizonte, advirtió con sorpresa que todo parecia nivelado.—«Ya ves; replicó el sol, ave soberbia, si para mí es más alta la montaña que la yerba. No hay nada grande ni pequeño para mis gigantes ojos; la gota de agua me refleja lo mismo que los océanos; yo soy el astro y la vida de todo cuanto me ve, y la mata mashumilde me glorifica lo propio que el altivo cedro; yo doy calor á la hormiga, bebo las lágrimas que la noche derrama sobre la tierra, y mi rayo se impregna en ella de perfumes paseando por la corola de las flores.»

» Así tambien, Dios, que es su propia medida, contempla su naturaleza con mirada igual para todos.... Hijos míos, si vuestro corazon ha comprendido bien, bendecid esa mirada que ve el insecto y para la cual todo es grande!»

(Aquí faltan muchas fechas.)

.....

21 de Noviembre de 1802.

¡Yo soy el único pastor de este país agreste: pobre rebaño sin guía! Un hombre lleno de sudor ha subido hasta aquí desde una lejana aldea; ha estado andando desde el amanecer, y me dice que en un mísero caserío del camino de Italia ha tenido que refugiarse una mujer enferma: joven, hermosa y moribunda,

reclama un sacerdote que la auxilie en sus últimos momentos: ¿llegaré á tiempo?

Maltaverne, en el camino de Italia,
22 Noviembre de 1802.

Una lámpara alumbraba débilmente el oscuro aposento y la sombra de las cortinas me ocultaba su rostro; en medio de aquella penumbra no distinguía más que su frente pálida y moribunda reclinada en la almohada y sus largos y blondos cabellos diseminados en desórden, que dos manos de alabastro parecían retorcer sobre el seno y que, cuando estas manos los soltaban, caían desde el borde del lecho hasta el suelo.

—¡Padre! murmuró en voz baja la mujer...

El acento de aquella voz penetró hasta el fondo de mi alma; no sé qué vago recuerdo de otra voz vibró en ella; tan solo me fué dado reprimir á medias un grito que el respeto contuvo en mi boca, y me senté temblando á la cabecera de la moribunda.

—Padre, perdonadme, repuso la misma voz; los caminos son malos, los días cortos, el tiempo frio. Os he hecho venir desde léjos, desde muy léjos quizás: pero sin duda tendreis presente que vuestro divino Maestro, poco cuidadoso de ensuciar sus piés y sus ropas, recogia y llevaba al cuello la más mísera

de sus ovejas! ¡Ay! ¡Ninguna ha sido ménos digna que yo de su bondad: sin embargo, en otro tiempo me marcó con su sello, y antes de dejar para siempre este valle de lágrimas, deseo volver y morir á los piés del buen Pastor! ¡Me he descarriado tanto de su vía, he perdido hasta tal punto su gracia, que há ya mucho tiempo que me ha abandonado su mano! ¡Pero antes de juzgar las faltas que he cometido contra la fe, escuchadme, padre mio, como hombre, como amigo! ¡En breve conoceréis aquellas de que me acusó; cuanto más grandes son mis pecados, más necesidad tengo de perdon!

» Mi madre, que murió al darme á luz, me privó harto pronto de su amoroso calor; mi padre, que me queria con sobrada ternura, me nutrió con sus caricias y halagos incesantes; yo vivia libre como el pájaro de los campos, y todas mis virtudes no eran más que instintos. El alma, como la onda, va por donde la pendiente se inclina, y yo tan sólo sabia amar. A los quince años quedé huérfana, y, no sé si mi suerte ó mi desgracia hizo que descendiese del cielo, atravesándose en mi camino, un amigo, un jóven de rostro de ángel, tal como puede representárselo en su alma el naciente corazon de una mujer; tal como más adelante su corazon lo sueña en vano. Arrogante, tierno, de ardorosa mirada, de divina sonrisa, meteoro que comunica al alma un brillo celestial y que decolora despues todo el resto de la vida. El hado nos tuvo re-

cluidos dos años en un desierto; yo le amé sin saber que amaba; él me amó sin distinguir el amor de la amistad más pura, porque yo ocultaba mis formas bajo mentido traje: y nuestra gruta presenció los inocentes amores de ese cielo en que el amor no necesita sentidos. ¡Él me amó! ¡Dispensad, padre mio, mis lágrimas! Sí, esa palabra encierra todavía dulzura para mis labios espirantes. ¡Me amó! ¡éll! ¡yo!.... ¡Él!.... esta palabra me enorgullece! ¡Aún resuena con suavidad al borde de mi tumba! ¡Cualesquiera que sean los remordimientos de que está sembrada mi vida, Dios me atenderá, puesto que fuí amada!...»

Su acento cobraba fuego, pero yo no lo oía ya. ¡Laurencia!... ¡era ella! Un rumor sordo y confuso zumbaba en mis oídos y me atronaba el cerebro: mi frente, mi corazón, mi sangre, eran una deshecha tormenta; mi mirada errante no discernía los objetos; las ideas se agolpaban á mi mente en revuelta confusión, y mi espíritu, flotando sobre todas y sobre ninguna, en vano quería apoderarse de una como un relámpago; todas ellas huían sucesivamente y me arrastraban en pos suyo; en el caos de mi mente todo se derrumbaba, todo daba vertiginosas vueltas; si me decidía á hablar, mi voz podía darme á conocer y quizás la mataría antes de otorgarle el santo perdón! Si continuaba callado, ella revelaría sus secretos á un indiscreto confidente: y culpable hablando ó culpable guardando silencio, haría traición á su vida

ó á mi santo ministerio! ¿Me era dado recusarme á mí mismo, siendo ministro del Señor? ¡Oh, no! ¿Quién mejor que yo podía concederle el divino perdón? ¿Qué corazón más amigo elevaría su fervorosa plegaria al cielo para que descendiera sobre ella la paz de Dios? ¿Qué lágrimas se confundirían más con las suyas? ¿Qué mano le ofrecería mejor el pan sagrado del festín de la muerte? Y en tan suprema partida ¿qué adiós más tierno podría acompañarla que el de esta voz tan amada de ella? ¡Oh, sí! Dios era sin duda el que me enviaba, pagando así en una sola hora el prolongado sacrificio de un amor comprimido. ¡En su inmensa justicia me había reservado este día y esta hora! Llevándome junto á Laurencia en sus últimos momentos, su gracia me convertía en instrumento del perdón; merced al augusto ministerio, iba yo á dar el cielo á aquella á quien hubiera deseado dar la tierra, iba á enviar á los cielos, para que en ellos me esperase, al aliento de mi pecho, al rayo de mis ojos!

En la confusión de tan terrible duda, permanecía inmóvil cual insensible mármol. Por fin mitigóse la turbación de mis sentidos; mientras su voz resonaba de nuevo, diciendo:

—¡Ah, padre! Apenas separada de él, el mundo sabe hasta qué punto me he extraviado; el esposo á quien entregué mi mano pero no mi corazón, fué castigado por este mismo corazón por el crimen de haberme amado; mi disgusto hacía que su ternura me

fuese enojosa y que recibiese con repugnancia sus menores caricias: el pobre ¡ay! murió adorándome, y yo no le perdoné que me hubiese amado tanto sino cuando murió!...

» Viuda y dueña de mí misma á los veinte años, celebrada ya por mi belleza cuya fama se extendía con mi nombre por todas partes, víme rodeada de multitud de adoradores, á quienes dejé que me amaran, pero sin corresponder á ninguno: la sombra de mi amigo, envolviéndome en una nube, interponía entre ellos y yo su idolatrada imagen; y cuando yo les sonreía con melancólica mirada ¡era á él á quien veía! Mi alma juvenil, deslumbrada hasta tal punto por un fulgor demasiado puro, empañó en seguida todo lo demás en la vida. ¡Ah! ¡Triste, mil veces triste del que ve pasar ante sus ojos una aparición que no puede desvanecerse ya! Una sombra perpétua oscurece el resto de sus días: tras un día divino, padre, todo queda sumido en las tinieblas!...

» Sin embargo, hastiada del vacío en que mi corazón se perdía, embriagada con el recuerdo abrasador que de mí se desbordaba, traté algunas veces de engañarme á mí misma, de mirar un rostro y decirme: «¡Le amo!» Y me hacía la ilusión de que en realidad amaba; pero, fría en medio del fuego que yo había encendido, sentía de pronto que mi mente desfallecía, que una mano helada dejaba transido mi ardiente corazón, y rechazaba el objeto indigno de mí. De-

cíale iracunda: «¡Vete! ¡No, no eres tú!...» Y buscando al azar otra ilusión entre los que me adoraban, la rechazaba también. En el momento de caer, llegaba á mi corazón el perfumado aroma de un amor angelical, y la gota del cielo que había quedado en mis labios, hacía que cualquier otra copa me pareciese amarga y repugnante. Pero, aunque tanta sombra haya empañado mi belleza, aunque un mundo testigo de mis liviandades, midiendo mi debilidad por mis efímeros gustos, me haya colocado en la vergonzosa categoría de las grandes pecadoras, aun cuando he pretendido convertir en bien propio el daño ajeno, vengándome en otros corazones de las torturas del mío, ó pagar con mi vida y con mi fama la facultad de amar como era amada; aun cuando consideraba con enemigo corazón al Dios que me había privado de mi hermano y de mi amigo, puedo decir muy alto ante vos, ante ese mismo Dios, ante la verdad que resplandece en la hora postrera, ante el idolatrado fantasma y el grato recuerdo de aquel á quien creería mancillar si mis labios mintieran, que, no por mi voluntad, sino por impotencia, por desprecio, por hastío, más bien que por inocencia, mi corazón ha permanecido virgen y puro hasta este día! ¡Sí, mi alma es aún virgen á fuerza de amor, y se lleva á la tumba, sin haberla alterado, la imagen de aquel que la había consagrado!

.